

# EL TRABAJO

Órgano de la Sociedad de Albañiles de Madrid

Teléfono 15156.—Secretaría 25.—Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Todos para uno  
Uno para todos

Diciembre 1929

## EL PARO FORZOSO

Con fecha 10 de octubre pasado la Junta directiva se dirigió a los asociados, por medio de una circular, al objeto de que expusieran a ésta cuál era su situación, en relación con el trabajo: si en la actualidad lo tenían o si carecían de él.

En los días transcurridos, al escribir estas líneas se han recibido las contestaciones de 6.188 asociados; no remitieron contestación hasta la fecha 7.835, que, unidos a las contestaciones recibidas, hacen un total de 14.023 asociados, número con que se cerró el movimiento en 31 de octubre último.

De las 6.188 contestaciones recibidas, han contestado que tienen ocupación 4.337, y que carecen de ella, 1.851.

Resultado, por tanto, un promedio de parados, con arreglo a las contestaciones recibidas, de un 30 por 100 en nuestra profesión.

Siguiendo lógicamente esta trayectoria, los 14.023 asociados nos dan el coeficiente de que, al hacer este trabajo, nos encontramos con que el número de los asociados trabajando es el de 9.823, y el de los sin trabajo, el de 4.200.

No puede desconocerse que hay un número crecido de trabajadores que, circunstancialmente, unos se dedican a nuestro oficio; otros, pertenecientes a otras entidades, aunque en escaso número, y algunos no asociados, que no será exagerado fijar en el número de 4.000.

Unidos éstos a los 14.023 asociados pertenecientes a nuestra Sociedad, el número de obreros que se dedican a nuestra profesión de albañil será, en cantidad aproximada, de unos 18.000 trabajadores.

Si partimos del 30 por 100 de parados con arreglo al promedio que arrojan las contestaciones recibidas, el resultado general nos dará el número de 12.600 obreros albañiles trabajando y el de 5.400 en paro forzoso, que es el total igual al número de 18.000 obreros que hemos calculado que, aproximadamente, se dedican a nuestro oficio.

\*\*\*

Hemos visto, pues, que, por la deducción racional que venimos observando, el número de compañeros en paro forzoso en nuestra profesión es de 5.400, y de éstos son asociados pertenecientes a esta Sociedad 4.200.

Tengamos presente que los datos que venimos recogiendo corresponden al pasado mes de octubre, y que en esta época del año no ha llegado la crisis de trabajo a toda su magnitud.

La época invernal, que se inicia en el presente mes de diciembre, contribuye de una manera indudable a acrecentar el paro; el número de los sin trabajo, por la inclemencia natural, se aumenta en considerable proporción.

No creemos pecar de exagerados si afirmamos que en el presente mes de diciembre, por las razones que anteriormente exponemos, el número de parados se eleva al 40 por 100, en vez del coeficiente del 30 por 100 que nos arroja la estadística que se inicia en el pasado mes de octubre.

Con esta moderación en el cálculo, prescindiendo de toda intención exagerada, nos encontraremos que, de los 18.000 trabajadores que vienen dedicándose a nuestro oficio, trabajan solamente 10.800, y se encuentran en paro forzoso 7.200 trabajadores.

\*\*\*

Al ser en la industria de la edificación el oficio de albañil la base del desenvolvimiento de la misma, pues todo su fomento y desarrollo gira alrededor de nuestro oficio, no será de

extrañar que la misma proporción del paro alcance al resto de los oficios de la industria en general.

¿Cuál puede ser la situación de las demás industrias en relación con este problema? Sinceramente declaramos que lo desconocemos; pero hay una consideración que no debe olvidarse: ella es la de que si la industria más importante de la localidad, cual es la de la edificación, sufre tan terribles consecuencias, esta repercusión, por relación de la misma economía, ha de trascender a la industria en general y al comercio en sí.

Es axioma de indudable veracidad que allí donde no hay trabajo, no hay vida; paralizadas las industrias, sufre su repercusión la vida comercial, y a consecuencia del paro de la industria, la inactividad se extiende en todos sus aspectos, con las dolorosas consecuencias que tras sí lleva la falta de trabajo: el hambre, la miseria y las enfermedades tristes y dolorosas que diezman las poblaciones ante tan terribles consecuencias.

\*\*\*

Ante esta plaga social, una de las más terribles, cabe que, por quien corresponda, por quien tiene tan alto deber, se pongan los remedios inmediatos que, si no resuelvan, cuando menos mitiguen tanto dolor.

Por el Estado, Diputación y Municipio deben abrirse fuentes de producción, iniciar las obras públicas que tanto precisa nuestra capital, fomentar y desarrollar la edificación, dando a ésta las garantías y facilidades que tan necesarias le son para su desenvolvimiento.

No debe olvidarse por el Poder público que está obligado a remediar estas tristes situaciones, estableciendo los seguros sociales, que mitiguen tal malestar, encauzando estos problemas en la finalidad social en que en justicia deben ser resueltos.

Terminamos por hoy, pero seguiremos laborando hasta conseguir que se ponga remedio a tan agudo mal, y desaparezca la más terrible de las plagas sociales, cual es la del paro forzoso, que tantos dolores y miserias lleva consigo.

Trabajar es vivir; sin trabajo no hay vida.

### LA JUNTA DIRECTIVA

\*\*\*\*\*

### La muerte de Francisco Escribano, contador de la Sociedad

A consecuencia de una operación quirúrgica de gran peligro falleció el día 8 del pasado mes de noviembre, y a las cuatro de la tarde, a los cuarenta y un años de edad, el compañero Francisco Escribano, contador de la Sociedad.

El camarada Escribano procedía de la organización obrera y socialista de La Carolina (Jaén), de donde era natural, desempeñando diferentes cargos en el Sindicato Minero y Agrupación Socialista.

En nuestra Sociedad ingresó en 1 de diciembre de 1920, y tenía en ella, al fallecer, el número 4.696 de orden. En la Agrupación Socialista Madrileña ingresó el 1 de enero de 1921, y en la actualidad tenía el número 428 de orden.

Desde el año 1921 se hallaba al servicio de la Sociedad, ingresando como auxiliar de la Contaduría, y cuando ésta acordó jubilar al contador, compañero Raimundo Sanz, se le eligió para ocupar el cargo que el malogrado Sanz dejó vacante, car-

### Pablo Iglesias

#### Ante el IV aniversario de la muerte del Maestro

El día 9 del presente mes cúmplase el IV aniversario de la muerte de nuestro Maestro inolvidable.

Desde estas columnas le rendimos el sincero homenaje de nuestro recuerdo como expresión de la veneración que sentimos hacia el que en vida nos trazó la senda de nuestra redención.

Iglesias fué el hombre que en su época, con fe inquebrantable y férrea voluntad, más luchó por la educación y cultura de los trabajadores.

Fué un gran sembrador; el que con más fe y entusiasmo dió conciencia de clase a todos los oprimidos.

Iglesias es inmortal; pues, aunque desapareció su figura humana de entre nosotros, su espíritu, sus ideas, sus anhelos, encarnaron en muchos pechos y muchos cerebros, y esto es persistente y duradero.

Iglesias hizo el sacrificio del amigo ante el altar incólume de la honradez de los ideales socialistas.

Hagámosle el homenaje que se merece, el homenaje íntimo por excelencia que más apreciaría él: imitarle.

¡Imitémosle si es verdad que deseamos y queremos vivamente honrar su memoria!

go que ha venido desempeñando hasta su muerte. También perteneció al Comité de la Federación Nacional de Albañiles, antes de que este organismo se transformara en Federación Nacional de la Industria de la Edificación. Fué tesorero de la Comisión organizadora y recaudadora de la Fundación Pablo Iglesias, desde que aquella empezó a funcionar hasta el mes de agosto de 1927.

El desgraciado Escribano deja viuda y cuatro niñas pequeñas, la mayor de unos ocho años de edad.

\*\*\*

El domingo día 10, a las dos de la tarde, como estaba anunciado, se celebró el entierro del compañero Francisco Escribano.

Mucho antes de la hora indicada para trasladar el cadáver al cementerio habían acudido a los alrededores del depósito del Hospital General infinidad de albañiles y amigos del difunto, que querían rendirle el último testimonio de su afecto y cariño acompañándole hasta su última morada.

A las dos y media se puso en marcha la comitiva fúnebre. El ataúd iba cubierto con la bandera de la Sociedad, que, además, le dedicó una hermosa corona de flores naturales.

En la presidencia del duelo figuraban, además de la Directiva de la Sociedad de Albañiles, un hermano y otros varios familiares del finado, una representación de la Agrupación Socialista, otra de las Federaciones Nacional y Local de la Edificación y las Directivas pertenecientes a ésta.

Contra la última voluntad de nuestro desventurado camarada, la de la familia y la de la Directiva de la Sociedad, que hizo cuantas gestiones le fué posible para impedirlo, el compañero Escribano fué enterrado en el cementerio católico del Este.

Consignamos por ello nuestra pro-

testa. Una vez más el fanatismo ha cometido un acto de intolerancia contra la libertad de conciencia.

\*\*\*

La Junta directiva, que ha recibido diferentes comunicaciones y telegramas de varias colectividades, manifestando, desde estas columnas, su más profundo agradecimiento a cuantos nos acompañaron en el dolor que a todos nos embargaba por la pérdida de tan querido e inolvidable camarada.

Ante posibles omisiones, que no están en nuestro ánimo, y en evitación de torcidas interpretaciones, no enumeramos las comunicaciones recibidas de las entidades, como asimismo no damos a la publicidad la larga relación de camaradas y amigos que acudieron a acompañar sus restos mortales, ante el temor de errores en que no queremos incurrir. A unas y otros les repetimos nuestro más profundo agradecimiento.

\*\*\*

Terminamos esta triste y dolorosa información expresando a su desconsolada esposa, hermano, hermanos políticos, primos y demás familiares del camarada desaparecido tan fatal y desgraciadamente la expresión más sincera de nuestra condolencia, y, en nombre de la Sociedad, les transmitimos nuestro más doloroso sentimiento.

\*\*\*

En la información que antecede damos a conocer que nuestro infortunado camarada, muerto en plena juventud, deja viuda y cuatro desgraciadas niñas, la mayor de ocho años de edad.

Ante tan triste cuadro, ante el dolor que producen estas inocentes víctimas, es obligado hacer frente a tan terrible desgracia y evitar, en lo posible, que la miseria y la desesperación puedan cebarse en el hogar que tan prematuramente, y cuando más falta hacía, dejó sin ocupar el compañero fallecido, por el zarpazo de la fatalidad.

Con este noble propósito, un grupo de amigos y camaradas del inolvidable Francisco Escribano se ha encargado de iniciar una suscripción en favor de su viuda e inocentes hijas: la Junta directiva no cree excederse, dados los útiles y buenos servicios que a la Sociedad prestó su pobre esposo y padre, al recomendar que cuantos compañeros su situación económica les permita contribuir a tan noble fin, lo hagan, en beneficio de las desgraciadas criaturitas.

Al objeto de hacer llegar a conoci-

miento de todos la suscripción iniciada, la Comisión organizadora encargada de la recaudación ha dirigido a amigos, compañeros y entidades una circular que, copiada al pie de la letra, dice así:

«Madrid, 16 de noviembre de 1929.

Estimados compañeros:

Una vez más, la organización obrera experimenta en sus filas la desaparición de otro abnegado militante, de otro incansable luchador, y esta nueva víctima se llamó Francisco Escribano.

Hemos cambiado impresiones un grupo de albañiles, de cuya Sección fué bastantes años contador, y ante el cuadro triste y doloroso que a nuestra vista ofrecen las cuatro huérfanitas y la viuda de nuestro infortunado compañero, hemos acordado, de un modo desinteresado y particular, dirigirnos a todas las organizaciones de la Casa y a todos cuantos compañeros particularmente nos sea posible, con el fin de ver el medio de alargarles, por conducto de una suscripción voluntaria, alguna cantidad con la cual puedan ir sobrellevando tan mísera y penosa vida.

Un fin humano, un fin de compañerismo nos invita a dirigirnos a vosotros solicitando vuestra modesta, pero en todo caso grandiosa ayuda, con el solo propósito de no ver llegar nunca el día en que esas desgraciadas criaturas se vieran en el arroyo o en el quicio de una puerta durmiendo un sueño que nunca deseó para nadie nuestro difunto compañero.

Finalizamos esta pequeña nota rogándoos que si alguna resolución tomáis, oficial o particular, os dirijáis a Manuel Parazuelos, Secretaría de Albañiles.

Sin otra cosa de momento, os envía su más sincero agradecimiento y queda vuestra y de la causa de los trabajadores, **La Comisión.**»

Contribuir a la suscripción es cumplir con un alto deber de solidaridad.

Tampoco comprendemos por qué el vivir, nada más que el vivir, el tener un techo donde acogerse con los suyos, un mínimo de nutrimento y la seguridad de un porvenir sin miseria, sea una merced tan mal repartida entre los hombres, y, lo que es más desconcertante, tan difícil de reparar equitativamente sin que la sociedad parezca que se viene abajo. — G. MARAÑÓN

## CONVOCATORIA

Esta Sociedad celebrará junta general ordinaria (continuación de la anterior) los días 12, 17, 19 y 30 del presente mes de diciembre, a las seis de la tarde, en el salón grande de la Casa del Pueblo, calle de Piamonte, 2, en cuyas reuniones proseguirá la discusión pendiente en la convocada para el día 29 del pasado mes de noviembre.

Madrid, 1 de diciembre de 1929.

LA JUNTA DIRECTIVA

NOTA.—Para la entrada en el local es imprescindible la presentación de la cartilla de asociado.



## La crisis de trabajo y sus soluciones

Atónito quedé en nuestra última asamblea extraordinaria cuando el presidente me acusaba de discutir ideas. Se conoce que nuestro presidente gusta más de las bajas discusiones que tan frecuentemente presentamos que de las discusiones de ideas, que, por lo general, siempre se desenvuelven en un ambiente más cordial y ordenado y son un factor inmensamente favorable para la organización. No obstante esto, no puedo avenirme a dar por bunta tal acusación, porque, además, no es cierta. Yo discutía el asunto que estaba en el orden del día: la crisis de trabajo y su posible solución. Pero, aun dando como buena la acusación—que no lo era—, hoy me decido a enviar a EL TRABAJO mi opinión, en la seguridad de que en él no se ahogará un criterio, ni una idea; porque si en un periódico no es lugar adecuado para cambiar criterios y exponer ideas, ¿dónde va a serlo?

La crisis de trabajo, el angustioso problema del paro, no es, como muchos creen, un problema de hoy. Hoy se manifiesta en su más cruda agudeza por multitud de factores que a su tiempo estudiaremos. Pero sus raíces están mucho más profundas y hay que buscarlas en el curso de pretéritos acontecimientos.

Cuando el artesano medieval trabajaba en el taller; cuando las Corporaciones contrataban el trabajo de sus asociados; cuando el campesino disponía aún de la tierra necesaria para obtener su diario sustento y los Municipios, en virtud de una costumbre comunista profundamente arraigada, velaban por la equitativa distribución temporal de la tierra, esta terrible úlcera que corroe las entrañas del actual sistema social no existía aún. Fué preciso que la tierra fuese apropiada y legada por herencia; que los artesanos fuesen convirtiéndose en industriales y proletarios; que el gran comercio transportara los productos a otros confines recientemente descubiertos; que los descubrimientos científicos se intensificaran y aplicaran al trabajo, para que el trabajador comenzase a ser víctima, al verse forzado a no hacer nada y desfallecer por falta de actividad y nutrición.

Después, no hay más que seguir la trayectoria del desenvolvimiento de la industria, el proceso de reconcentración del capital y la tierra, de desarrollo del Estado, el éxodo del campesino a la ciudad, y tendremos, como resultado, un cuadro al natural de la situación económica de nuestro tiempo. Pueden no ser sólo éstas las causas de la crisis de trabajo, pueden quedar algunas de carácter local, y, desde luego, secundarias, que en nada alteran la verdadera naturaleza del problema.

No puede negarse, y esto es un axioma científico, que el mal sólo puede ser atacado atacando sus causas. La cuestión está, pues, en la apreciación de éstas y en la manera de proceder contra ellas.

Por la diferente apreciación del problema, difieren los críticos en cuanto a la aplicación de los remedios.

Así vemos cómo en unos países se pide al Estado una solución; en otros se implora a las autoridades comarcales o locales; en otros, las organizaciones obreras atacan ellas mismas el mal, solas o ayudadas por el Estado, y, por fin, en otros, se aboga por la disminución de la jornada de trabajo. ¿Cuál de ellas puede ser la verdaderamente eficaz? Vamos por partes y razonemos un poco. Comencemos por aquellos países que se inclinan por que la solución sea el socorro a los parados por el Estado.

Es un axioma—por sobre sabido, ha sido relegado al olvido—que el Estado no produce nada, ni dinero ni cosa que lo valga, como lo es que cuanto contribuye a las actividades de la vida social proviene del trabajo. A costa del trabajo se hacen grandes capitales—trabajo no pagado—. A costa de los trabajadores el Estado sufre todos los gastos para mantener las instituciones todas, útiles e inútiles—impuestos de todo género—. Supongamos que el Estado se hace cargo de implantar el socorro contra el paro. ¿Qué sucederá con esto? Sucederá que, dada la verdad que antes

sentamos, agravada por el déficit que todos los Estados arrastran en sus presupuestos, el montante de este socorro habrá de salir forzosamente de un nuevo impuesto, directo o indirecto, que de cualquier manera irá a gravar aún más la existencia ya precaria de la clase obrera—de esto un reciente ejemplo es la creación de los Comités paritarios, cuyos gastos se sufragaban del impuesto sobre los salarios—.

Y no se nos objete que también puede sufragarlos el capital, pues por triste experiencia sabemos que el capitalismo no se aviene fácilmente a reducir sus ganancias; para evitar esto, no tiene más que elevar los precios de los productos, y como el consumidor verdadero, por ser el único que paga con trabajo, es el trabajador, él paga de cualquier manera.

Por otra parte, es una ley económica que los trabajadores no perciben por su trabajo sino el estricto mínimo para subsistir y poder seguir trabajando. El capitalismo no consiente en dar más porque el desahogo económico del trabajador le daría medios de defensa contra el capitalismo, que le impediría someterse con facilidad. Luego siendo así, todo cuanto contribuya a disminuir nuestro salario es dificultar nuestra existencia y empujarnos a la fama paulatina y creciente. Agreguemos a esto que inmediatamente, por pretexto de organizar la recaudación, custodia y distribución del nuevo «socorro», se creará una red de burocratas que disminuirán el caudal recogido, nueva casta parasitaria que irá a pesar sobre los hombros de los que sígamos trabajando. Tiene este género de cataplasmas, además, el inconveniente de que contribuye a crear antagonismos entre los mismos trabajadores: holgantes a un lado y laboriosos a otro; además, que los que perciben el socorro no pueden vivir de una ilusión, y aquél no podrá alcanzar un grado muy alto, so pena de poner en peligro la existencia de los obreros que trabajan. Así, lo que haremos será fomentar las enfermedades que proceden de la privación económica, dando la ilusión de un socorro que en realidad no remedia nada.

Todo lo que hemos dicho de socorro organizado por el Estado puede decirse cuando quien lo organiza son las Sociedades obreras; pero en este caso el mal es más hondo y, por lo tanto, más grave. ¿Quién de nosotros no ha presenciado los reproches que los afortunados que trabajan lanzan a los «sorreridos»?

Además, por triste experiencia, sabemos los efectos disolventes que engendra la creación de ramas de intereses en las organizaciones obreras creadas con fines clasistas: se olvida la finalidad en aras de lo transitorio. La organización, que fué creada por una necesidad fatal de defenderse de la explotación capitalista, pasa a ser una especie de Montepío o limosnero, con terribles efectos adormecedores. De esto sobreviene acto seguido que buena parte de los obreros no vean en su Sociedad más que este socorro, el otro o el de más allá. Y que esto es cierto nadie se atreverá a negarlo; estamos tocando en nuestra propia Sociedad esos efectos en lo concerniente al socorro de accidentes. Buena parte de los compañeros no ve en la Sociedad sino la entidad que, en caso de accidente, le pasa 2,50 pesetas diarias. En cambio ve con los mejores ojos, y hasta con frecuencia es protagonista insensible, cómo se vulnera la jornada en su horario, se atropella con formas groseras, se pagan menos salarios, se trabaja a destajo y mil otras formas de servir a los patronos envileciéndose... ¿No hemos visto, un poquito por todas partes, las luchas enconadas sostenidas en torno a los cargos pagados por las Sociedades? Por si esto fuera poco, hay una razón aún más poderosa para oponerse a la instauración del socorro al paro de una manera regular; ésta es la experiencia, que nos viene de los países en que fué instaurado: Alemania e Inglaterra.

En ambos fué instaurado años ha, y al cabo de ellos ha logrado demostrarnos la imposibilidad de llenar su misión. Antes al contrario: los encargados de suministrarle han tenido que recurrir a mil disfraces para encubrir la magnitud de su fracaso.

Frente a todas estas formas de atacar el mal sólo una hay justa, equitativa, más en armonía con los fines cla-

sistas y las aspiraciones igualitarias de las organizaciones obreras que admiten la lucha de clases: la reducción de la jornada.

Indiscutiblemente, una de las causas principales de la crisis de trabajo es la introducción de la maquinaria en el mercado de la producción. A medida que ésta ha sido aplicada a las industrias hemos visto cómo el ejército de parados aumenta diariamente. Una máquina con frecuencia representa la ocupación de un ciento de obreros. Y en nuestra industria han sido introducidas tantas! Montacargas, pasteras, palas mecánicas, nuevos procedimientos de trabajo abreviado. Y ¿adónde va a parar la economía de tiempo y esfuerzos que esas máquinas representan? ¿Es que, por ventura, los obreros participamos en algo? Y, sin embargo, nuestra experiencia es la que ha dado lugar a esas nuevas perfecciones que tanto dinero permiten embolsar a los patronos. Ellos son solos en lucrarse del progreso.

Y ahí es, precisamente, adonde la reducción de la jornada de trabajo se encamina: que el producto del progreso se reparta; ya que la máquina nos echa a la calle, hagamos nosotros de forma que no nos reduzca a la inacción. Si hoy con ocho horas se emplean más brazos que cuando hacíamos diez y el esfuerzo es menor, hagamos que no trabajando más que seis los compañeros que deambulan por la calle a la búsqueda inútil de ocupación la hallen, y con ésta el sustento necesario para ellos y los suyos, no debido a una especie de caridad, insuficiente, del Estado y de la organización, sino debido a su propio esfuerzo, que es la justicia, en consecuencia.

Sobre la conveniencia de adoptar esta tesis me alargaría en mil consideraciones; pero me abstengo considerando lo excesivamente largo de este trabajo. Tal vez tenga ocasión de volver sobre el tema.

Miguel GONZALEZ

Suscribidos a EL SOCIALISTA

## Los hundimientos

Al cerrar la edición de este número tenemos conocimiento del derrumbamiento de una finca en construcción.

Afortunadamente, no ha habido desgracias personales que lamentar. Ocurrió el hundimiento sobre las nueve de la noche del sábado día 23 del pasado mes de noviembre, en la casa en construcción número 77 de la avenida de Menéndez y Pelayo, propiedad de D.<sup>a</sup> Teresa Melero.

Según las noticias recibidas en el primer momento, la finca, cuya construcción va por el séptimo piso, se derrumbó, tras un formidable crujido, por uno de sus ángulos.

Es el patrono de la mencionada obra D. Manuel Laín, y arquitecto director técnico, D. César Cobos, según las noticias de la prensa, aunque será lo más cierto que el arquitecto sea D. César Cort, a juzgar por el domicilio, toda vez que este señor habita en la calle de Segovia, número 6, y no 3, como en las notas de prensa se dice.

La finca en construcción estaba denunciada por la organización obrera. Horas antes de su derrumbamiento, nuestra Federación Local de Obreros de la Edificación la denunciaba públicamente por medio de la prensa, en carta que ha sido publicada íntegra en todos los diarios, en la que se hacía saber que de las condiciones de la obra se había dado cuenta a la Sociedad Central de Arquitectos participándole la falta de seguridad y las deficiencias que en la construcción se observaban.

Sin más detalles en los momentos en que trazamos estas líneas, al elevar nuestra voz en la protesta justificada que tales hechos merecen, diremos una vez más, como tantas otras, que la repetición de estos hundimientos en obras en construcción hace pensar en la necesidad de que por quien corresponda se inicie una enérgica campaña encaminada a evitar que la edificación en Madrid se haga en condiciones tan defectuosas, que ponen en peligro, primero, la vida de los trabajadores, y en no pocos casos, la de los inquilinos que pasan a habitar esas viviendas amenazadoras.

¿Cuándo se pondrá remedio al mal? Esperemos, en la seguridad de que se sucederán más y más hundimientos, sin que el mal se ataje ni se pidan las debidas responsabilidades a los traficantes de la construcción.

Quien puede y debe está en la obligación de impedir estas vergüenzas.

## LOS PROBLEMAS DEL TRABAJO

## EL DESTAJO

V

El objeto que se propone todo patrono cuando da un trabajo a destajo es apresurar la marcha en el desenvolvimiento de su obra. Reducir la fecha de terminación y reducir el coste de producción, terminando en un año lo que habría de durar dos. Nada tiene de reprochable esa idea si para llevarla a cabo no se tuviesen que despojar de sus sentimientos humanos. Si, como dijimos antes, tratasen de conseguirlo por medio del perfeccionamiento de las herramientas y una organización inteligente del trabajo. Si los patronos contasen con que los obreros no son máquinas; considerasen que el obrero tiene corazón y tiene alma, si se me permite la frase.

Si así hicieran, serían patronos, como decía Proudhon, «de forma que ni Dios ni los hombres tuvieran que reprochárselo». Desgraciadamente, esto es muy difícil, porque el negocio es el negocio, y el negociante no puede tener entrañas, y allí donde abundan los negociantes mediocres, no puede haber ni inteligencia, ni entrañas, ni nada. La guerra entre los mismos patronos les impide ser piadosos con los explotados, cuando no hay recursos de ingenio con que contrarrestar la competencia de los demás. Es curiosísimo el cuadro que Pablo Lafargue nos presenta a este respecto:

«Cuando dos patronos—dice—, armados de iguales medios de producción, luchan por expulsarse mutuamente del mercado, combaten sobre las costillas de sus obreros; a más y mejor rebajan los salarios, aumentan la jornada y reemplazan los hombres por mujeres y niños, y al obrero hábil por peones. Esta lucha por la existencia, de los patronos, si no perfecciona a los concurrentes, conduce a la degradación física, moral e intelectual de la clase asalariada.»

Para el patrono no hay más mundo que el mundo de su negocio.

«A los patronos no les importa que los obreros se embrutezcan o se agoten, puesto que el material humano lo renueva el capitalismo con facilidad. Somos nosotros, por medio de las organizaciones obreras, quienes hemos de luchar porque se humanicen las condiciones de trabajo, implantando aquellas mejoras que han ideado los hombres generosos que trabajan, como médicos, ingenieros, etcétera.»

El obrero tiene que pensar en levantarse del estado en que tantos años de explotación y tiranía le han colocado; en que tiene un mundo que conquistar. En que «una vida sin otro objetivo que procurarse el sustento diario para no morir de hambre, no vale la pena de ser vivida. Un hogar familiar que no tenga otro fin que nutrir el ejército de reserva de la mano de obra disponible, no tiene atractivo el sostenerle. Se ha concedido la jornada de ocho horas; pero se carece en absoluto de medios económicos para disfrutar de los ocios, y el obrero no sale de la monotonía del trabajo más que para caer en la tristeza de la miseria de su hogar. Se han inventado máquinas para lavar la ropa, fregar los platos, cocinar con rapidez; pero la mujer del obrero, privada de medios económicos, continúa haciendo esos menesteres domésticos como en los tiempos primitivos, los cuales la mantienen esclava durante jornadas larguísimas».

Para esta gran obra no tienen que contar los obreros con el destajo. Con el destajo que le ofrecen los patronos. Ni con los patronos. Los patronos, al pretender las ganancias, pretenden las ganancias de ellos. Cuando hablan del interés de la industria, se refieren al interés de los industriales. El interés obrero cae por fuera y no se ve. A este respecto, dice Gabriel Deville:

«La pretendida asociación entre capital y trabajo, en que cada uno se lleva su parte, es una asociación en que el primero de los asociados percibe más que pone, y en que el segundo pone más que percibe.»

No se crea, por esta nuestra manera de razonar contra los patronos, que para nosotros todo patrono es un desalmado y un indigno; nada más lejos de nuestra intención y de nuestro sentir.

Para nosotros, los patronos son

hombres con plena dignidad como personas, y en tantísimos aspectos y facetas como tiene la vida, bien podemos coincidir, y solidarizarnos, pues las relaciones entre los hombres son muchas más que las que establece su condición de obreros y patronos. Pero, para los efectos de la tesis que estamos desarrollando, estudiamos al hombre en la faceta que nos interesa, y en lo que los hombres tienen de patronos malos los condenamos, siquiera reconozcamos—¿por qué no?—que el alma de los obreros está constituida con los mismos materiales. Como que precisamente en estos modestísimos trabajos combatimos por arrancar de los obreros el espíritu patronal. En cuanto los obreros se vean libres de ideas capitalistas y patronales, estarán en disposición de hacer su evolución.

Entonces comprenderán que no es rivalizando con sus compañeros como han de buscar su emancipación, sino uniéndose para, con el esfuerzo de todos, cambiar este estado de cosas en el que zozobran los sentimientos humanos, debido al rabioso antagonismo de los intereses.

Feliciano MARTÍN

## Acuerdos de las juntas generales

En las juntas generales ordinarias celebradas en el salón grande de la Casa del Pueblo los días 22, 24 y 31 del pasado mes de octubre y 14 y 19 del finado mes de noviembre, se adoptaron los siguientes acuerdos:

Se aprobó el dictamen presentado por la Comisión designada por la asamblea para reorganizar el trabajo de oficina de la Secretaría, basándose en los puntos siguientes:

Que el trabajo de Secretaría debe desenvolverse, como actualmente, por tres compañeros: secretario, vicesecretario y un auxiliar. La parte de contabilidad debe desempeñarse igualmente por tres compañeros: tesorero, contador y un auxiliar; estimando que debe cesar uno de los retribuidos, teniendo en cuenta los servicios que viene prestando Margarita de la Oliva.

Que al compañero Saturnino se le retire de hacer el trabajo de informar los accidentes de obras, y que éstos sean informados por los recaudadores de la Sociedad, como se hacía anteriormente, y dándoles para ello las debidas facilidades para el desenvolvimiento de su trabajo; y, por último, que, de aceptarlo el compañero Saturnino voluntariamente, pase a realizar aquellos trabajos mecánicos que sean compatibles con su estado físico y condiciones y que puedan descargarse de algún trabajo a la contabilidad y a la Secretaría, para su más fácil desenvolvimiento en el reparto de cartas, oficios, citaciones y trabajos de esta naturaleza.

Se determinó que cuando un compañero retribuido salga de propaganda y cobre dietas por cuenta del organismo que le emplee en esta misión, no cobre en la Sociedad su salario durante los días que invierta en la campaña que se le encomienda.

Se acordó que todos aquellos asociados que por estar como retribuidos en la organización obrera, o por otra causa cualquiera, no se dediquen al oficio de albañil, carecerán de voz y voto en nuestra Sociedad; y los que sean retribuidos de ésta solamente, tendrán voz, pero no voto.

Fué aprobada una propuesta de carácter incidental que tenía por objeto convocar a junta general extraordinaria, con el fin de discutir una proposición de carácter urgente, presentada en la sesión del 19 de noviembre último, en la que se pedía fuera revocado el acuerdo que anteriormente se mencionaba, por considerar los firmantes de la misma que es atentatorio a los derechos establecidos en el reglamento para todos los asociados.

Fué desechada una propuesta relacionada con los asociados que trabajan por cuenta propia, por la razón de que la Sociedad ya tiene determinados acuerdos de la junta general en relación con el problema que la propuesta planteaba, resoluciones que, a juicio de la asamblea, garantizan los derechos morales y materiales de la Asociación.

Este número está visado por la censura



## A los compañeros albañiles

Siempre creí que la situación que en la actualidad atraviesa el oficio era una situación lamentablemente peligrosa; situación de encrucijada, de donde, de no efectuarse una reacción saludable, iríamos cara al desastre definitivo, ya que su comienzo tiene raíces hondas en nuestro pasado societario.

Por eso, hace mucho tiempo que no dejo de tocar a rebato cada vez que en las juntas generales se presenta para ello ocasión y nuestro rígido presidente no me tapa la boca con el metálico son de la odiosa campanilla.

Vamos al más terrible de los desastres, que es el desastre moral, porque en toda batalla el momento más peligroso no es aquel en que la metralla diezma las filas, sino el que se inicia en un «no puedo más» o «álzese el que pueda».

Y éste es el sentido de las respuestas que los compañeros, en general, vienen dándonos cuando les invitamos a encararse con la situación como otros y yo nos encaramos. El «no puede hacerse nada» nos taladra los oídos por doquier, como deprimente remoque. ¿Ir a las juntas? ¿Para qué? No se nos deja hablar; la charla de los profesionales del societarismo se lleva todo el tiempo; la lucha de intereses individuales, de personas, ha suplantado la lucha de clases contra nuestros explotadores y opresores», se nos dice.

Reconozco que, en parte, esto es cierto. Es uno de los más prolíficos frutos de la burocracia que, para desgracia nuestra, ha llegado a constituir una clase dentro de nuestra propia clase, con sus intereses particulares, impregnados de mezquindad, odios y rencores.

Es verdad, y hoy es un axioma, que el ambiente hace al individuo. Por eso, nuestros cargos pagados, tal vez de una manera inconsciente, no sienten nuestras propias necesidades, no tienen nuestros propios intereses. Porque, a pesar de toda la buena voluntad, quiero creer que la haya, para sentir los latigazos de la explotación es necesario ser explotado, y para sentirse verdadero intérprete del trabajador es preciso sufrir con él la privación del paro, la insolencia matonesca del encargado, la injusticia del indolente despido, el despotismo del patrono, erigido en señor de horca y cuchillo, y achicharrarse con el calor estival y sentir cómo todas las inclemencias del tiempo curten nuestra piel.

Por eso, el acuerdo de nuestra junta última no me sorprendió; antes, al contrario, me alegró, no por el hecho en sí, sino porque ello significa que la saludable reacción cunde en el oficio; que éste siente voluntad de vivir, de luchar, de proyectar el presente hacia el futuro. Porque quiero creer que no ha sido un entusiasmo de momento ni un hecho que haya de permanecer aislado, sino que éste es el primer eslabón de la larga cadena de conquistas que nos llevarán a un futuro mejor.

Solucionar nuestros propios problemas, a pesar de nuestra copiosa plaga de redentores, he ahí la cuestión. Su solución ha comenzado, pero no hay que dormirse. Acudamos todos a las juntas generales, y estudiemos por nosotros mismos nuestros problemas; busquemos la solución, y entonces podemos estar seguros de nuestro porvenir. ¡Adelante, albañiles! el movimiento se demuestra andando!

Miguel GONZALEZ

## En legítima defensa

Uno de los grandes honores que puede recibir cualquier socialista es el que le injurien individuos tan mezquinos como Víctor de los Ríos, y en periódicos tan desquiciados como *Acción Social*. Yo, aunque comprendo que innecesariamente, he tenido ese honor.

No está en mis cálculos mantener polémicas. Nunca lo estubo. Soy muy joven y no tengo la inteligencia y la práctica lo bastante desarrolladas para salir airoso de ellas.

Pero como al levantar bandera en favor de los albañiles y de los socialistas, porque lo creí un deber, se me ha contestado de una manera que no merece siquiera el calificativo de gro-

sera, por parte de *Acción Social*, en un suelto firmado por Víctor de los Ríos, no puedo menos que contestar a los improperios que se me adjudican, ya que no rebatirlos, puesto que no me hace falta.

Iré por partes; en estas cosas me gusta ser ordenado.

Yo no había tenido nunca el honor de escribir en *EL TRABAJO*, hasta ahora. Por tanto, soy un colaborador accidental.

«Lucifer» dice que la velada que celebró en la Casa del Pueblo el Grupo Esperantista Obrero fué confundida por él con una reunión de burros. Y creer que en la Casa del Pueblo puede haber reuniones de burros es juzgar por uno mismo a todos los compañeros; eso no lo puede hacer Víctor de los Ríos. Ahora que leo que creyó era una velada de asnos, me explico cómo entró él, pues me consta que si hubiera sabido que aquello era un acto cultural, no entra.

Los que llamaron a «Lucifer» éramos mi amigo Pintado y yo, y el título de gracioso me lo adjudica a mí, con toda seguridad.

¿Me conocía a mí de vista por mis gansadas Víctor de los Ríos? Yo voy a hacer una confesión. De mi cortísima vida societaria y socialista sólo conozco un pequeño tropezón debido a mi inexperiencia, pero que puso de manifiesto cuál era honradamente mi criterio. Más que éste, como no me señale otros ese corifeo encargado de la suelta de baba, no tengo otros.

Si yo me he equivocado al creer que Víctor de los Ríos y «Lucifer» eran una misma persona, no me pertenece la culpa. A mí me lo presentaron como «Lucifer», y él habló conmigo como si lo fuera. Ahora que si usurpó el nombre a cualquier otro compañero suyo, para elevarse (¿?) a un nivel superior, comprenderé que es lógico que yo me equivocase.

Así como él no me dijo que estaba más alto que yo, y que recibía las historietas del cielo—eso lo ha pensado él después para contestarme en *Acción Social*—, yo tampoco solté maldiciones de ninguna clase, ni actué de «claque», ni pensé que estaba viendo una comedia de Muñoz Seca, ni acogí con risas y aplausos «las frases interminables del orador».

Además, he de advertirle sinceramente a Víctor de los Ríos que soy bastante menos asno que él.

Yo no oficio de creyente en la doctrina saborífica. En los Partidos socialistas no hay ídolos, como los debe de haber en Escultores-Decoradores. Soy socialista solamente, sin doctrinismos de ninguna clase.

Lanza «Lucifer» (¿?) la canallada de que yo he obtenido un cargo en la Juventud Socialista Madrileña por mi padre. Aunque eso fuera verdad—bien sabe «Lucifer» que no—, tengo la honra de decir que yo no rebajo mis expansiones literarias como él. Nunca me han dejado las columnas de un periódico con la condición expresa de que difamara a nadie.

¿Quién me comunica a mí desde detrás de los bastidores lo que tengo que decir? ¿Qué insinuación es esa? Pero ¿es que, en su obcecación, en su impotencia, ha llegado Víctor de los Ríos a compararme con él? ¿Es posible? «Lucifer» debió tener la honradez de señalar quiénes creía que movían lo que, por lo visto, le parece una tramoya. Pero como no la ha tenido en el resto del artículo, tampoco la ha tenido en este párrafo.

¿Cómo me dice «Lucifer» que siga estas ideas que tengo para hacerme rico? ¿Es que se ha creído que yo soy capaz de comerciar con las ideas socialistas como comercia él con las suyas, si es que las tiene?

Sigo creyendo que Víctor de los Ríos y «Lucifer» son una misma persona. Víctor de los Ríos lo ha dicho repetidas veces por ahí, y el estilo del que redacta la sección de *Acción Sindical*, «Consideraciones de actualidad» es tan... como el del que ha escrito ese artículo, todo baba e infamias, que se titula «El célebre Carrillo».

Yo trabajo en una oficina; no vivo de mi trabajo porque no gano lo suficiente para ello. En eso de propagandista socialista, creo que alude a mi padre. Yo, en mi artículo, no aludí al suyo, porque no me gusta meterme con la familia. Pero voy a contestarle, aunque le advierto que no le consiento que mencione a mi padre para nada en asuntos que son puramente personales. Mi padre es propagandista socialista porque sirve para ello y, además, porque es socialista. Lo que gana haciendo propaganda y trabajando más horas de la jornada legal es

lo que le daría cualquier patrono por trabajar ocho horas.

Y termino diciendo que lo único que llevo, no en la solapa, en el corazón, son unas iniciales que dicen: U. G. de T., más P. S., igual a unión del proletariado, o lo que es igual: «que se estrellen todos los sinvergüenzas que están a caballo en la tapia».

Santiago CARRILLO

Nota.—Como digo al principio, no es mi objeto entablar polémicas. Por lo tanto, doy por terminada la cuestión.—S. C.

## Escuelas y educación

He aquí un tema que de una manera constante viene preocupando a la gran familia obrera y llenando de una manera permanente las columnas de sus órganos en la prensa; pero parándose a analizar la labor, que pudiera llamarse práctica, de algunos jefes, directores, o como queramos llamarlos, de esta gran familia, nos sorprenden sobremanera sus actitudes cuando de llevar a la práctica algún acuerdo con este tema relacionado se trata.

Reciente y en la memoria de todos está el caso del Puente de Vallecas. Con qué pena y desesperación escuchábamos la opinión de quien tiene por misión recorrer España aconsejando que las masas obreras se eduquen, y con qué satisfacción le escuchábamos aquellos que nos preciamos de conocer sus bajos fondos! Alguna vez, más de las que lo ha hecho, tenía que mostrarse tal cual es.

Pero volvamos al tema. Faltan escuelas, esto es indudable; pero no conviene culpar a los Poderes constituidos, que a todos nos atañe; ellos, al fin y al cabo, están en su lugar, puesto que si los pueblos estuvieran educados lo suficiente no tolerarían ser expoliados por una minoría, por muy auzad que ésta fuera.

Tenemos también nuestra responsabilidad los trabajadores organizados, puesto que, en contraposición con lo repetido muchas veces por Iglesias, nos manifestamos de manera bien distinta a como aconsejamos a los demás que se conduzcan. El hecho antes citado, la petición dirigida a la Sociedad por las escuelas racionalistas del Puente de Vallecas, plantea la cuestión con toda su agudeza: docenas de criaturas que por falta de local se verán obligadas a no continuar recibiendo la más elemental educación que nosotros podemos dar a nuestros hijos, o a tener que recurrir a recibirla de una manera perniciosa, caso de tener recomendación, que no en todos los casos se encuentra, y a veces ésta es de quien no tiene gran interés en facilitarla, y cuando la facilita lo hace de una manera condicionada.

Nuestra Junta directiva, compuesta en su mayoría de individuos que no poseen más que una mediana educación, se hizo eco de dicha petición y puso manos a la obra, a la gran obra que significaba dotar aquellas criaturas de un local donde recibirían lo que únicamente nosotros facilitamos sin hacer que se hipotecara la conciencia: una instrucción laica.

Pero ahí surge lo imprevisto, y es que toda la labor realizada, todos los trámites iniciados vienen al suelo, precisamente por la actitud de aquellos elementos que más se desgastan pidiendo cultura y educación a los trabajadores.

¿Dónde mejor se puede emplear el dinero que los trabajadores, a fuerza, en algunas ocasiones, de sacrificio, cotizaron, que en educar a sus mismos hijos, como en este caso hubiera ocurrido? ¿De qué manera más eficaz se puede demostrar a los Poderes que las constantes peticiones de escuelas obedecen a una necesidad, la cual, y en la medida de nuestras fuerzas, procuramos acudir a remediar?

Pero se impuso el personalismo, mejor dicho, el sectarismo, y por ser la actual Junta directiva la que lo proponía, se desechó, a pesar de dar un mentís a lo que de una manera constante alguno de los que a ello contribuyeron propagan, claro está que olvidando que si ellos poseen alguna educación, a las cuotas de los trabajadores se lo deben.

En fin, y para no resultar demasiado pesado, he de insistir en que hacen falta escuelas; pero no hagamos uso del adagio aquel que dice: «Una cosa

es predicar y otra dar trigo», sino procuremos, en la medida de nuestras fuerzas, contribuir a que esta falta sea menor, ayudando a nuestras escuelas racionalistas en donde existan y procurando crearlas donde se sienta de ellas necesidad.

Antonio ALBA

## Cuartillas de Meabe

Las dos locuras.

Cuando abracé los ideales socialistas, todos decían de mí, empezando por mis padres y mis amigos, todos decían: «Se ha vuelto loco.» No oía otra cosa. Luego, estando en la cárcel, adonde me llevaron por socialista, me dije una noche, sentado en aquel mi pobre catre y mirando a las estrellas que me dejaba ver una ventanuca: ¿Se necesitará, en verdad, ser loco para sacrificarse por los débiles? Pero en seguida me detuve, diciendo: De todas maneras, mayor y peor locura es lo que hacen tantos otros: sacrificarse por los fuertes, por aquellos a quienes consideran fuertes. Mayor y peor locura es esta, entre mil razones, porque ello es confesarse débil. ¿Más débil que un hombre! ¿Una efímera, más débil que otra efímera!

La grandeza del hombre.

Yo, estando enfermo, como estoy, me siento, por lo menos, tan fuerte como cualquier otro ser que dentro de un instante va a morir, o sea tan fuerte como cualquier otro ser humano. Algunas noches, estando solísimo en mi celda, miraba al cielo por los barrotes y me decía: ¿Mirar a una estrella y pensar, llenar uno mismo de esta inmensa mayoría! Y me parecía que el hombre es, por su pensamiento, demasiado grande y su vida demasiado corta para que el tan corto tiempo de nuestra grandeza se nos pase en achicarnos ante nadie.

La existencia de Dios.

Podemos nosotros, los pobrecitos hombres, sospechar, afirmar o negar la existencia de un ser creador de to-

das las cosas y hacer sobre esto, con humilde alegría, mil juegos mentales inofensivos. Pero, en cualquier caso, ofendería a ese ser, caso de que existiese, el que creamos o no creamos a los hombres que nos le afirman o nos le niegan, y el que hagamos o no corra con algunos de ellos. ¿Qué pudiera perder con esto ese ser? ¿Sería menos Dios por lo que nosotros, incurables ignorantes, dijésemos o dejásemos de decir?

Mi religión.

Si yo creyese en Dios, la religión en que menos podría creer sería la católica.

Los que dan de sí.

Supongamos que Juan es un descreído y hace el bien por amor al semejante; y hay otro individuo, Pedro, que practica buenas obras con la esperanza de verlas en el cielo recompensadas largamente, y no comete malas por temor a un castigo también inexorable; o sea por temor a perder. ¿A quién decís, amigos y enemigos míos, que ha de preferir un día el llamado Tribunal Supremo?

Si yo te doy uno para que luego me des tú mil, ¿te doy o te quito? Si hago una buena acción para ganar un paraíso, o sea millones de buenas acciones que han de hacerse, lo que hago ¿es una buena acción o es una simple usurería, y no es esto traficar con Dios? Pero si yo te doy uno sin ánimo de que me lo devuelvas, y hasta sin que sepas que te doy ese uno, ¿no es verdad que verdaderamente te lo doy? ¿No es verdad que la buena acción que yo haga sin idea de que me la premien otros, sean dioses, sean hombres, es, por lo menos, de una calidad más elevada?

A mí me parece que todo esto y mucho más que diría sobre esto es claro y evidente. De modo que, si Dios existiese, por supuesto tendría que ser distinto de todos los que he llegado a conocer, los cuales no puede ser que existan; pero, si Dios existiese, yo tendría que agradecerle un día el haberme permitido no creer en él, por las buenas pocas acciones que yo, ¡pobre de mí!, hubiese hecho en este mundo sin mezcla de ninguna intención fea, de lucro o recompensa, sino como hombre que sabe que no sabe lo

## “Padre, ¿qué es Sociedad?”

¿Te acuerdas, hijo mío, de la pregunta aquella que un día formulaste con infantil candor? Grabóse en mi cerebro con tan profunda huella, que no se me ha olvidado, y hoy, que eres ya mayor,

quisiera contestarla con tan feliz fortuna que comprender te hiciera lo que es la Sociedad; mas temo que mi musa, modesta cual ninguna, a dibujar no acierte tanta grandiosidad.

Si fijas tu mirada, ve allí aquel pobre anciano de marcha vacilante, de trémulo ademán: es uno de los nuestros, un desgraciado hermano que por la edad no puede ganarse ya su pan.

Mas no está abandonado, la Sociedad lo ampara y alivia en lo que puede tan áspero sufrir; mas no es una limosna que sonroje su cara, es premio bien ganado de un honrado vivir.

Contempla allí aquel otro que lleva en su semblante pintados los efectos de justa indignación: su dignidad fué herida, con soberbia insultante, y él tolerar no quiso la odiosa humillación.

La Sociedad lo acoge, la Sociedad le ayuda y aplaude, satisfecha, tal gesto de alíve, y si urge que en socorro del noble hermano acuda, allá irá a defenderlo cien veces y otra vez.

Y enseña al que no sabe, y pone ante su vista el ideal purísimo de un mundo todo amor, e infunde en nuestras almas, para ir a tal conquista, el fervido entusiasmo de todo redentor.

Y es paz, amor y dicha, consuelo y esperanza, y abnegación suprema, y culto al Ideal, y es, en fin, hijo mío, tan grande, que no alcanza mi nimen a pintarla, pues que no tiene igual.

Cuando en tus labios pongas su nombre inmaculado, pronúncialo, hijo mío, con íntimo fervor, y si alguien la ofendiere, con noble impulso airado tu recia mano imponga castigo al ofensor.

Milita en sus banderas, jamás de ellas desertes, pues son guías seguros que no te engañarán, y ocupa siempre un puesto entre los hombres fuertes que tienen plena el alma de un redentor afán.

Y si la ruda lucha tu vida sacrifica o sufres los crueles zarpaños del Dolor, ve que ese sacrificio te exalta y glorifica, pues morir por la Idea es morir con honor.

José CAYHUELA



que no sabe, que ama al bien por el bien mismo, que no encuentra ningún otro motivo más grande de vivir o que practica esas buenas acciones por cualquier otra razón de índole elevada.

#### La injerencia de Dios.

Hay una cosa en la que nadie acostumbrado a pensar puede ya creer, y es la injerencia permanente de un Dios en las cuestiones humanas, ni tampoco en las cuestiones de los tiburones o de las hormigas, y como esta falta de injerencia es verdaderamente una falta, y a nuestros ojos tanto más cuanto que no vemos más que guerras, crímenes y males, lo mejor que le podemos hacer a Dios, aunque exista, es no creer en él.

Creer en él es, de una manera o de otra, culparle de los males que pudiendo evitar no evita; mientras que no creer en él es verdaderamente disculparle. En suma, el hombre, lo mismo creyendo que no creyendo, resulta ateo, esencialmente ateo; pero, mientras más cree o más afirma, resulta que más niega. Sobrarán creyentes que digan que la causa de las guerras es Dios, el Dios de las batallas; pero no habrá un solo ateo que diga semejante blasfemia. El ateísmo es la forma menos blasfematoria que respecto de Dios ha inventado el hombre. Yo no voy, con esto, buscando paradojas, ni nunca las busco, sino que digo lo que honradamente, fuera de toda palabrería, siento hace muchos años.

Tomás MEABE

### El retiro obrero

Uno de los derechos que la clase trabajadora tiene, y que, a pesar de reportarle grandes beneficios en lo por venir, no atiende en la medida que debiera hacerlo, es el retiro obrero.

Unas veces por desconocimiento y otras por dejación, hay muchos compañeros que no exigen el cumplimiento de esta ley, que si bien tiene algunos defectos, como le ocurre a toda obra hecha por los hombres, no por eso es menos interesante su cumplimiento, procurando su perfeccionamiento y ampliación en lo concerniente a cantidad a percibir y rebaja de edad en algunas profesiones que, por ser más agotadoras, traen como consecuencia una vejez prematura.

Todos sabemos que la clase patronal procura eludir el cumplimiento de sus deberes; hasta cierto punto, está en su puesto al observar esta conducta; defiende sus intereses de clase; pero no es menos cierto que nosotros ocuparemos también nuestro sitio en la sociedad ejerciendo y obligando a cumplir a todos nuestro derecho. ¿Cómo? He ahí el problema.

Múltiples son los medios que tenemos a nuestro alcance los obreros organizados para llegar a este fin: denunciar a la Sociedad todas las infracciones que sepamos y que ella pueda resolver; denunciarlos uno particularmente a los organismos oficiales encargados de velar por su cumplimiento, procurando, ante todo, decir verdad y poder probar hasta la saciedad las manifestaciones hechas; y otras muchas que, según los casos particulares ocurran, así también son susceptibles de modificación.

Un arma muy eficaz nos proporciona el nuevo contrato de trabajo o convenio de normas que entró en vigor en 1 de mayo, que, a poco que los camaradas albañiles se percaten, no habrá un solo maestro que pueda eludir el cumplimiento de la citada ley, que dice así:

«8.º No será obligatorio para el obrero el título profesional; pero tendrá derecho a obtener del patrono a quien haya prestado su trabajo una declaración escrita de los servicios prestados y de su aptitud profesional, la cual está obligado a presentar ante cualquier patrono con quien trabaje, cuando sea requerido para ello.»

Si, además, se hace constar el tiempo que con dicho patrono se ha estado trabajando, tendremos un documento que, presentado en el Instituto Nacional de Previsión, servirá de denuncia para que el indicado centro tramite sobre seguro y obligue a esos patronos desaprensivos a cumplir con sus deberes. Como el certificado se pide cuando se ha dejado de prestar servicios a la Empresa o patrono, y como las denuncias tienen efecto retroactivo, aun cuando haga mucho tiempo que se está cometiendo la in-

fracción, ved ahí, camaradas albañiles, qué arma tan formidable es la que nos facilita dicha cláusula del contrato de trabajo en vigor.

Procuremos el cumplimiento de esta ley y habremos dado un gran paso en el relativo bienestar de nuestra vejez, cuando el trabajo y los años nos hayan abatido, y podremos tener la esperanza de que nuestros últimos años no los pasaremos pidiendo una limosna a los que durante toda la vida nos han explotado y gozan de ella a costa de nuestro sudor.

Juan GARCIA

#### Recordación

### José González Portillo

En el séptimo aniversario de su muerte.

En la mañana del martes día 21 de noviembre del año 1922, y con motivo de estar presenciando las sesiones del XV Congreso ordinario de la Unión General de Trabajadores, perdió su vida este joven y valiente luchador, víctima del odio y la pasión de mentes que, ofuscadas, ensangrentaron el salón teatro de nuestra Casa del Pueblo.

Han transcurrido siete años desde tan triste y lamentable suceso, y al recordarle sentimos hondo dolor, que no está enturbiado por afanes rencorosos y vengativos. Pensamos siempre que nada hay más desdichado e impotente que una mano criminal.

González Portillo vive en nuestro recuerdo con el mismo profundo afecto que le profesábamos cuando su vida se daba con prodigiosa actividad al servicio de la organización obrera y socialista. Murió heroicamente, como el hombre que sabe morir antes que matar a ninguno de sus hermanos.

Solamente las almas deformadas por la perversidad pueden expresar feroz alegría por un hecho de tan honda tristeza como el que nos impulsa a trazar estas dolorosas líneas.

Que el espíritu generoso de González Portillo nos acompañe siempre, y que su abnegación sea la norma en que se inspiren todos nuestros actos.

### «El orden reina en Varsovia»

«El orden reina en Varsovia», anunciaba, satisfecho, el ministro Sebastián a la Cámara francesa, en 1831, mientras la soldadesca de Pankievitch entraba a sangre y fuego en los arrabales de la ciudad para completar, después del terrible asalto, su labor de verdugo.

«El orden reina en Berlín», exclaman Ebert y Noske; proclaman entre hurras estos guerreros que, al fin, han encontrado en las calles de la capital, batiéndose contra su propio pueblo, unos mustios laureles para sus bayonetas. Recibid el homenaje de la pequeña burguesía. ¡Desfilad bajo sus balcones! Os van a acoger, entre un revuelo de pañuelos, delirantes de júbilo, porque en el último momento habéis salvado, al mismo tiempo que su posición social, el honor de las armas alemanas. ¡Desfilad, ejército de la victoria! «El orden reina en Varsovia», «El orden reina en París», «El orden reina en Berlín», así suenan los comunicados de los guardianes del orden cada medio siglo. La misma cantilena desde sitios diferentes. Y los vencedores no se dan cuenta de que un orden que periódicamente necesita de carnicerías sangrientas para sostenerse, va derecho al ocaso. Su senda está llena de triunfos. La nuestra, de derrotas. Y, sin embargo, nosotros miramos el horizonte lejano con ojos más serenos.

¿Qué nos enseña la historia toda del Socialismo? La primera llamada de la lucha de clases en Europa, el levantamiento de los tejedores de seda en Lyon, en 1834, terminó con una derrota. El movimiento cartista, en Inglaterra, con una derrota. La Commune, con otra más terrible. El camino del Socialismo está sembrado de derrotas. Y, sin embargo, conduce paso a paso hacia el triunfo definitivo.

Tampoco a la generosidad heroica del proletariado de París, en 1848, se le vio sentido por el momento. Sus adversarios de entonces creyeron honradamente que aquel fracaso curaría a la Humanidad del loco deseo de instaurar el Socialismo. Pero ese loco deseo ha continuado y continuará lle-

vando al sacrificio al proletariado internacional, hasta conducirlo allí donde imperen la verdadera libertad y la verdadera justicia. De los resplandores de aquel espléndido levantamiento de los obreros de París han vivido medio siglo las fuerzas socialistas.

Veamos ahora, llevado a la pantalla histórica, qué nos muestra este reciente episodio: la semana espartaquista. Sobre cualquier otro detalle resalta una cosa: el contraste entre la pujante y decidida actitud de las masas berlinesas al tomar la ofensiva, y la mediocridad e indecisión de sus jefes locales. La dirección ha fracasado en toda la línea. Pero lo decisivo son las masas. Han estado a gran altura. Gracias a ellas, esta derrota viene a engarzarse como un eslabón más en la serie de derrotas históricas que son el orgullo y la fuerza del Socialismo internacional.

De las masas mismas, aleccionadas por la experiencia, saldrán los jefes futuros.

«El orden reina en Berlín.» ¡Gritad cuanto queráis, pobres lisiados de espíritu! Vuestro orden está construido sobre arena. La revolución volverá a alzarse mañana sobre vuestras frentes, heladas por el miedo, y de nuevo oiréis su voz inextinguible: «¡He sido, soy y seré!»—Rosa Luxemburg.

\*\*\*

Como todos los días, Matilde Jacob fué el 15 de enero, por la tarde, a Neuköln a llevar a Rosa y a Liebknecht la comida. La pobre mujer de la casa no supo ocultar su preocupación. Sin atender a sus ruegos, ni a los de Rosa, venían, entraban y salían constantemente coreligionarios, que, en realidad, nada tenían que hacer allí, pero que no podían pasarse sin conferenciar con Liebknecht. Cuando Matilde le habló, Rosa le dijo que, efectivamente, era absurdo, que estaba harta de tanta visita y que se hubiese ido a otra parte de no ser por Liebknecht, que de ninguna manera quería separarse de ella. Matilde trató de convencerle.

No hubo modo. Al día siguiente se presentaron los compañeros Pieck y Eberlein para llevarlos a otra casa de la ciudad, en el Westen, donde fueron detenidos y conducidos al hotel Edén, cuartel general de la división de Caballería de la Guardia.

Sometieronlos a un breve interrogatorio. Luego, una escolta recibió el encargo de transportarlos a la cárcel de Moabit. Al salir Liebknecht del umbral del hotel e ir a tomar el automóvil que debía trasladarlos a la cárcel, el soldado de cazadores Otto Runge se adelantó y le dió tres o cuatro culatazos en la cabeza. Sangrando, atóse un pañuelo como pudo, y el automóvil se puso en marcha. Las coincidencias múltiples de aquel día hicieron que a los pocos minutos se detuviera, bajo pretexto de un pinchazo. Le invitaron a descender y le dijeron que se pusiese en marcha. Detrás iba la escolta, cuatro oficiales y soldados suficientes para un prisionero herido. Un soldado dió pronto la voz de «¡Alto!» Los oficiales dispararon sus revólveres. Liebknecht cayó muerto. En ese instante, la ley de fugas, consagrada en otras partes por la teoría de la razón de Estado, abría camino hacia la Europa central.

Su cadáver fué entregado como el de un desconocido por el propio capitán Pflugh-Hurtung, que mandaba la escolta, a la sala de urgencia del Jardín Zoológico. En vano podía buscarlo, durante toda la tarde, durante toda la noche, una mujer, que, enloquecida al oír en el teléfono: «Carlos, algo grave», colgó el aparato y se lanzó a la calle, sin saber adónde, a ver si lo encontraba.

No oía a su paso sino voces de júbilo, alusiones a una muerte, el nombre de su marido, pronunciado por tales gentes, que le daba miedo preguntar. Así fué Sonia Liebknecht horas y horas por la ciudad, cuyo horizonte rojizo le hería en los ojos—sus grandes ojos negros, bellos como ella toda—a cualquier lado que los volviese.

Veinte minutos más tarde, en el mismo umbral por el que saliera Liebknecht, aparecía como una sombra de sí misma, sin otra fuerza que la de su espíritu, débil y demacrada, Rosa Luxemburg. El mismo soldado Otto Runge, que no había sido arrestado, que seguía de guardia, la golpeó bestialmente con la culata de su fusil. Vaciló, como desvanecida. La entraron en el automóvil. Sin alientos, inclinó la cabeza sobre el hombro. Dejaba la sien descubierta,

entre los cabellos sudorosos. El teniente coronel Kurt Vogel no tuvo más que alargar el brazo para matarla. Un solo tiro. Los soldados se apoderaron del cadáver y lo echaron por el puente de Cornelius al canal.

Julio ALVAREZ DEL VAYO

### Estadísticas religiosas

«La religión en los Estados Unidos está más barata que los caramelos», asegura en el «The World's Word» el reverendo Charles Stelzle. Según este «estadista y sociólogo», como él mismo se llama, el pueblo americano gasta anualmente más de cien millones de dólares en goma de mascar («chewing gum»); mil millones de dólares en golosinas, caramelos, pastelería; dos mil millones en teatros y cines; y más de 1.825 millones de dólares en embellecimiento de la mujer, manicuros, etc. En propaganda comercial y «réclame» de mercancías y productos en periódicos, carteles, revistas, postes, etcétera, calcula que cada año el comercio yanqui gasta la friolera de cuatrocientos millones de dólares! En 1926 las escuelas públicas costaron 2.171.844.689 dólares. En 1927, las Compañías de seguros de vida, incendios, Asociaciones de beneficencia y mutualistas, etc., gastaron tres mil millones de dólares.

Todas estas cifras las cita el reverendo padre para traer a colación: «... pero para el sostenimiento de todas las iglesias protestantes se ha gastado el último año solamente dólares 489.429.078. Calculando que el número de los afiliados a dichas iglesias protestantes es, en Canadá y Estados Unidos, de 22.890.210 miembros, ¡el promedio por cabeza da 21,38 dólares anuales!» El reverendo encuentra muy baja la cantidad de 21,38 dólares anuales que cada fanático da a la Iglesia y encuentra que, mientras una escasa minoría de multimillonarios dona sumas fabulosas, la inmensa mayoría sólo aporta un promedio de 0,03 centavos diarios. Por eso dice que, si un paquetito de caramelos cuesta un «nickel» (0,05 centavos), sin embargo, para salvar las almas sólo dan 0,03 centavos, lo que es terrible pecado, ya que, por lo menos, habría que donar el importe de una caja de cigarrillos, o sean 0,15 centavos diarios.

«En 1914, la iglesia presbiteriana recibía de donaciones, regalos y promesas de sus fieles—continúa el reverendo—18,99 dólares anuales, y en 1926 subió hasta 32,61 «per capita», de modo que hemos ganado 13,2 por cada fiel, y ojalá que el promedio siga aumentando...»

Hay que anotar también que, si desde 1900 a 1922 la riqueza nacional de los Estados Unidos aumentó en un 262 por 100, la iglesia presbiteriana multiplicó su capital en un 216 por 100. Todo lo cual quiere decir que la Iglesia es una sólida institución bancaria, fría e indiferente al humano dolor, que ya hace siglos no guarda ni un adarme del espíritu religioso de sus primeras épocas, cuando tenían que predicar en la sombra, entre las catacumbas, perseguidos por los sacerdotes paganos y los pretores.

La religión, si bien lógicamente está destruida en sus cimientos, aún domina por la fuerza de sus bienes raíces, por su capital inmenso; y si vive todavía en el espíritu de ciertas gentes no es por la fe, sino por conveniencia y por costumbre. En las mejores y más lujosas iglesias de la Quinta Avenida, de Nueva York, se cobra la entrada como se haría en un circo, y esto se explica, ya que la religión se ha convertido en espectáculo financiero.

Hoy impera el ritual, la forma, las apariencias religiosas; todos los créditos son refinados hipócritas que en nada fían ni confían; sólo en la bondad del dinero, en la posición social, y han cambiado los evangelios por el libro de cheques. Parece que, así como el progreso se va introduciendo en las regias naves de las catedrales: el pararrayos, la luz eléctrica, que va iluminando los altares, desplazando a la humosa vela de cera; campanas movidas a máquina, timbres de alarma en las «cajas de las ánimas», así también ese espíritu de lo nuevo, de la evolución, va minando por los mismos fieles el ambiente de santidad, antes rebelde a las nuevas for-

mas, inmutable, intransigente. Se observa cómo en Broadway no hay milagros, ni Cristos que lloran, ni Madonas que guían el ojo. Los ministros del Señor van dejando los hábitos y visten civilmente, de paisanos. Son empresarios, calculistas, propietarios y accionistas que han sabido reducir a números, a cifras, todo lo humano y lo divino. No provienen de la pasta de Francisco de Asís, sino de Loyola. Han sabido tener varios decálogos: el moral, el industrial y el propio. A los diez mandamientos del Hijo de Dios han agregado un apéndice que es un Código de Comercio. Trafican con otras religiones; no reconocen razas ni herejes; sólo ven mercados, consumidores. Han desplazado al amor por el interés.

No es, pues, extraño, que haya frailes estadistas como el reverendo que mencionamos, y que habla de números como los bolicheros. El no analiza los fieles nuevos, las bondades practicadas por sus ovejas, sino el porcentaje que dan, la lana que dejan, la utilidad.

Eso sí: los religiosos de América del Norte no se pelean entre ellos. Hay absoluta libertad de cultos. Pero hay que creer en algo. Hay que ser de este negocio o del otro. Ortodoxo o protestante, teósofo o budista; cliente o consumidor. Hay que tener la marca de fábrica, el rótulo visible. ¡Guay de los ateos, de los revolucionarios, de los incrédulos!

Y si hoy se quejan de que los imbeciles no dan tanto oro al altar como sus ambiciones desean, ya les llegará el día en que la comunidad ha de ponerles una herramienta en esas manos que no hacen más que cruces en el aire, y en que las basílicas y conventos, iglesias y seminarios sirvan para cobijar a las madres, a los viejos, a los inválidos. Y en esa sociedad, verdaderamente humana, que hará del trabajo y del amor una religión realizadora, practicable, sin intermediarios ni autoridades, y en que la igualdad de condiciones permita desarrollarnos sin estrecheces; en esa sociedad, repetimos, los gordos dividendos sólo se podrán ver en los Museos de antigüedades de esta época bárbara, cristiana, calculista.

Roberto A. MULLER

### Nota necrológica

En la mañana del día 8 del pasado mes de noviembre, y a las nueve y media de la misma, sufrió un accidente a consecuencia del trabajo el que fué nuestro compañero Petronilo Cidoncha Romero, número 22.140.

Tuvo efecto este desgraciado suceso en la obra que el patrono Miguel Tena construye en la calle de Ríos Rosas, número 29, y fué causa del mismo el que un montacargas diese un fuerte golpe en la cabeza al infortunado Cidoncha, causándole gravísimas heridas, a consecuencia de las cuales falleció cuatro horas después.

La conducción de su cadáver tuvo efecto el día 11 del mencionado mes, asistiendo a tan triste acto sus familiares, una representación de la Sociedad, con la bandera dedicada a estos actos, y todos los compañeros de trabajo del finado, además de multitud de amigos y compañeros, que así testimoniaban las simpatías que por su bondad y virtudes supo granjearse en vida el inolvidable camarada desaparecido.

Recibió sepultura en el Cementerio municipal del Este.

Sirvan estas líneas de lenitivo a su inconsolable esposa, hijos y demás familiares, a los que acompañamos en el terrible dolor que les embarga en estos momentos, y les deseamos la fortaleza espiritual tan necesaria para sobrellevar el rudo golpe que les ha asestado la fatalidad.

Las libertades políticas han fracasado porque los legisladores y gobernantes no se cuidaron más que de escribirlas en la «Gaceta», sin darles cuerpo y raíz en el cerebro y en el estómago, en la despensa y en la escuela. La libertad sin garbanzos no es libertad; el que tiene la llave del estómago tiene la llave de la conciencia. — JOAQUIN COSTA